

Fernando Noguera

LA LUZ DE LA MEMORIA

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Fernando Noguera Ballesta

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Ilustración de portada: Xavier Noguera
Diseño y maquetación: Oscar Noguera

ISBN: 978-84-1068-467-6

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

ÍNDICE

LA PRIMERA LUZ	7
EL LICEO FRANCÉS	23
LA ESCALERA, NÁPOLES 266	53
EL BAÚL DE LOS DISFRACES DE ANGELITA	85
MI BARRIO	97
LA SAGRADA FAMILIA	135
LAS NIÑAS	141
MIS HERMANOS	151
LAS VACACIONES	172
LA VERBENA DE SAN JUAN	205
LA FAMILIA NOGUERA	222
EL PUERTO DE MAZARRÓN Y... ELLA	231
LOS AMIGOS	273
FERNANDO...UN BREVE EPÍLOGO	302

*Para todos aquellos que llenaron de luz
mis primeros años, con todo mi cariño*

LA LUZ DE LA MEMORIA

LA PRIMERA LUZ

Como ya os conté en otra historia que tuve la ocurrencia de titular «Los senderos del tiempo», vine al mundo un frío domingo de noviembre no muy de mañana. Puede que el hecho de haber nacido en festivo y a una hora poco intempestiva me haya predispuesto un tanto a la pereza, aunque el legado inmaterial de mi familia, especialmente el de mis abuelos, haya colmado mis venas con un azogue que no me permite permanecer quieto mucho tiempo, con una insaciable curiosidad y una inquieta avidez por conocer y, por qué no decirlo, con una violencia que, de tanto en tanto, me es difícil domeñar. Todo ello sazonado con una pasión por las mujeres que nunca se ha diluido, a pesar de que mi madre y mi madrina no dudaron un segundo en vestirme con la ropa preparada para la niña que todos esperaban y que nunca llegó.

Mi nacimiento fue, sin ningún género de dudas, una enorme decepción, pues era el tercero de los varones que aterrizaban en aquella casa en la que faltaba casi de todo menos cariño, sol y alegría. La cigüeña no cumplió, pues, con lo que de ella se esperaba, y dejó otro crío que no iba a dar más que guerra y disgustos.

Como podéis suponer, yo no recuerdo nada de esos momentos de frustración y desencanto. Y a fuerza de ser sincero, jamás percibí rastro alguno de rechazo por parte de los que me rodeaban y supieron hacer de mi niñez un tiempo feliz, alejado de cualquier sombra de marginación o desencanto, a pesar de no haber sabido cumplir con mi deber y presentarme desconsideradamente como otro varón, en lugar de ser capaz de deslumbrarlos con las tiernas y seductoras maneras de una niña encantadora.

Nací en Barcelona, en una vía con nombre evocador de cálidas tierras a la orilla del Mediterráneo, en una calle colindante al templo de la sagrada familia. Una travesía enclavada en un barrio más cercano a un pequeño pueblo en el que todos se conocían, ayudaban o envidiaban, que a una circunscripción a la que hoy en día, los que dicen saber de esto, denominan ampulosamente «ensanche derecho». Una entrañable barriada que con el paso del tiempo ha perdido su encanto, su sencillez y su ternura, invadida por hordas de turistas y colonizada por establecimientos anodinos en donde engatusar a los visitantes foráneos en su breve paso por la ciudad con una oferta de productos grotescos de una inutilidad palmaria, un inventario digno de figurar en un museo de los horrores. Unas añoradas calles ahora desdibujadas y envilecidas por bares chuscos, restaurantes penosos o comercios absurdos, un nuevo barrio agobiado por un trasiego incesante que ha alejado a los vecinos de toda la vida o los ha encerrado entre sus cuatro paredes para evitar toparse, en sus antaño acogedoras aceras, con un entorno impersonal, hortera y frío.

Nací en mi casa, lejos del hospital, en la misma cama de mis padres en la que lo habían hecho mis hermanos años atrás, entre las manos de la comadrona y las de mi tía Paca, que hacía tiempo había perdido su nombre porque todos la llamaban «Madrina».

Para ser lo más exacto posible, vi la luz en el quinto cuarta del número doscientos sesenta y seis de la calle Nápoles, entre la panadería y la droguería de Aquilino, en una escalera modernista con la entrada decorada con inmensos y pomposos pavos reales que ya habían perdido el vistoso colorido de sus plumas de cerámica. Una comunidad como tantas, en la que en cada rellano y tras cada puerta se sucedían comedias o dramas sencillos, componiendo un caleidoscopio de vivencias que harían fácil escribir una obra de teatro digna de Arniches. En mi casa, como en la mayoría de los pisos de la escalera por otra parte, vivíamos un pequeño ejército. Mis padres, por supuesto, don Blas Noguera Ros y doña Ángeles Ballesta de Legaz, a la que todos llamaban cariñosamente Angelita.

Su hermana Paca, viuda de Salinas, y mis dos hermanos, Javier, el mayor, y Juan Ignacio, que había nacido tres años más tarde que el primogé-

nito y cinco antes que este recién llegado. Esa era la tripulación fija, por así llamarla, una dotación que se veía complementada frecuentemente por mis tíos maternos Ignacio y Juan, recién casados, y sin hijos, que pasaban temporadas en mi casa cuando sus respectivas mujeres visitaban a sus parientes o se iban de vacaciones, pues habían vivido entre aquellas cuatro paredes hasta que emprendieron la senda del matrimonio, y sin duda debían de echar de menos aquel batiburrillo doméstico que los había acompañado durante tantos años.

Pero no era tan solo un asunto de parentesco. Los vecinos circulaban asiduamente por las habitaciones como si formaran parte de la familia, entrando y saliendo de una casa cuya puerta estaba siempre abierta para todo el mundo, desfilando acompañados por los lances más peregrinos. Un ir y venir que llegaba habitualmente guarnecido de cercanía, cariño y, de tanto en tanto, no pocos problemas.

Pero de todo esto os iré hablando poco a poco, poniendo orden en mis recuerdos para poder transmitir las vivencias de un tiempo de ligera escasez que nunca llegó a penuria. Aventuras, vicisitudes, alegrías, un día a día, por otra parte, lleno de promesas, pues teníamos todo el futuro por delante. Un devenir que para mí fue razonablemente feliz, a pesar de las enfermedades, los disgustos y las calamidades que nunca pueden faltar en una casa.

Iniciaré, pues, este relato explicándoos cómo era el núcleo principal de aquella familia que no debía ser muy distinta a muchas otras, pero que para nosotros, como no podía ser de otra manera, era especial y única.

Empezaré hablándoos de mi padre, don Blas Noguera, el perfecto paradigma del señorito de pueblo venido a menos, incapaz de aceptar y enfrentarse a su nueva y despreciada condición de empleado corriente y moliente, como la mayoría de los mortales. Un perfecto caballero en la actitud y los modales, elegante, atractivo, siempre serio y algo distante. Un cuarentón que nunca supo sobreponerse a la pérdida de una juventud pletórica colmada de lujos, holgazanería y caprichos sin límite, un tiempo extraviado que añoró todos los días de su vida, viviendo como una maldición sus obligaciones de cabeza de familia y padre de tres niños. Sus hijos crecimos junto a una presencia sentimentalmente ausente, como si nuestros problemas,

éxitos o fracasos no fueran con él. O en todo caso, si algo de nuestras acciones llegó a conmoverlo durante un instante, nunca fue capaz de dejarlo traslucir, ya fuera para felicitarnos si conseguíamos algún modesto triunfo o para reñirnos si exagerábamos nuestras travesuras, que no eran pocas. Con el tiempo sí supimos advertir, a pesar de su apariencia distante y fría, el amor y la pasión que sentía por nuestra madre, diecisiete años más joven que él, a la que adoraba y de la que hubiera querido absorber su afecto en exclusiva, un cariño que no aceptaba compartir con nadie, ni siquiera con sus propios hijos, de los que podía sentirse tan celoso como de un amante imaginario, sobre todo cuando ella se volcaba con nosotros, lo que por otra parte ocurría todos los días, ayudando a distanciarlos lentamente sin remedio.

Hablemos pues de doña Angelita, mi madre. Si algún rasgo puedo destacar para definirla entre mis recuerdos de infancia, que son muchos, es sin duda su alegría y su fuerza para compensar con notable éxito la inexistente ayuda de su marido para educar y sacar adelante la casa y los hijos. Trabajadora incansable, casi nunca perdía su buen humor y sus ganas de vivir, transmitiéndonos su energía sin pretenderlo, soltándose a cantar coplas, pasodobles y arias de zarzuela con una voz dulce y al tiempo poderosa mientras trabajaba incansable, ya fuera en las labores de la casa o pintando productos para niños, con lo que obtenía unos ingresos que acabaron siendo el sustento principal de la familia.

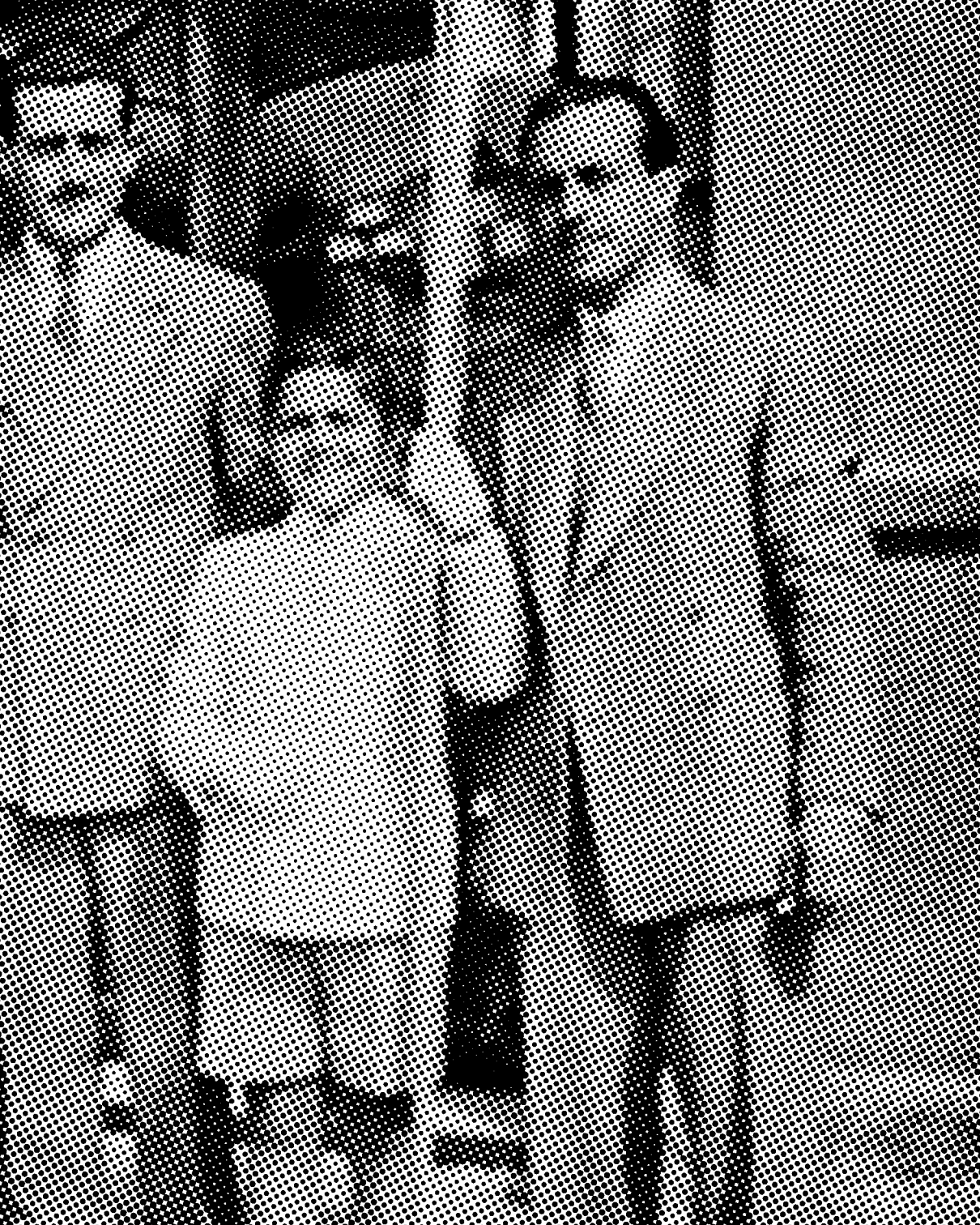
Para tirar adelante aquella casa de locos, mi madre siempre contó con la inestimable ayuda y el cariño inmutable de su hermana Paca, «la Madrina», merecedora incuestionable de su nuevo nombre, ya que había apadrinado a mis dos hermanos al nacer y lo mismo hizo conmigo cuando aterricé en aquella casa.

Paca era viuda desde muy joven, y había dedicado su vida a cuidar de los demás, primero de sus hermanos, pues era la mayor y su madre había perdido la cabeza a una edad muy temprana, y luego de sus sobrinos, que fuimos para ella los hijos que nunca tuvo. Puedo afirmar sin la más mínima vacilación que tuvimos la suerte de crecer con dos madres, a las que podíamos recurrir indistintamente cuando necesitábamos consuelo, cari-

ño o protección. Mi madre y la Madrina formaron un tándem que gobernó aquella casa con mano férrea, ocupándose indistintamente de mandar, acariciar, reñir o dar una azotaina cuando tocaba, sin que nadie discutiera la autoridad de cualquiera de las dos para ejercer su ministerio. La única sombra sobre la armonía de aquel reparto de poderes fue que mi padre y su cuñada se ignoraban, o más bien se odiaban cordialmente, llevándose como el perro y el gato, aunque lo dejaran traslucir muy de vez en cuando. Eso sí, en cuanto se quedaban a solas con mi madre le calentaban la cabeza con mil reproches sobre la conducta o la actitud impresentable del enemigo, obligándola a poner paz procurando no tomar partido, lo que no era tarea fácil.

Llegar a un hogar en el que ya corren dos hermanos de ocho y cinco años es convertirse en un juguete desde el primer minuto. Un juguete despreciado e ignorado mientras no es capaz de aguantarse sobre sus pies, y manejado sin piedad en cuanto es capaz de dar algo de juego. Pero no voy a quejarme, pues aprendí de ellos no pocas cosas, puede que no todas buenas, pero sí todas interesantes, y aún formamos un trío unido que disfruta enormemente cuando la vida nos ofrece uno de sus mejores regalos y nos permite estar juntos. Os iré contando muchas cosas de ellos y de mí mismo; lances, enfados, risas y travesuras que se harán vivas conforme avance esta historia que, por otra parte, ya no precisa de más presentación para iniciarse, así que vamos a ello.

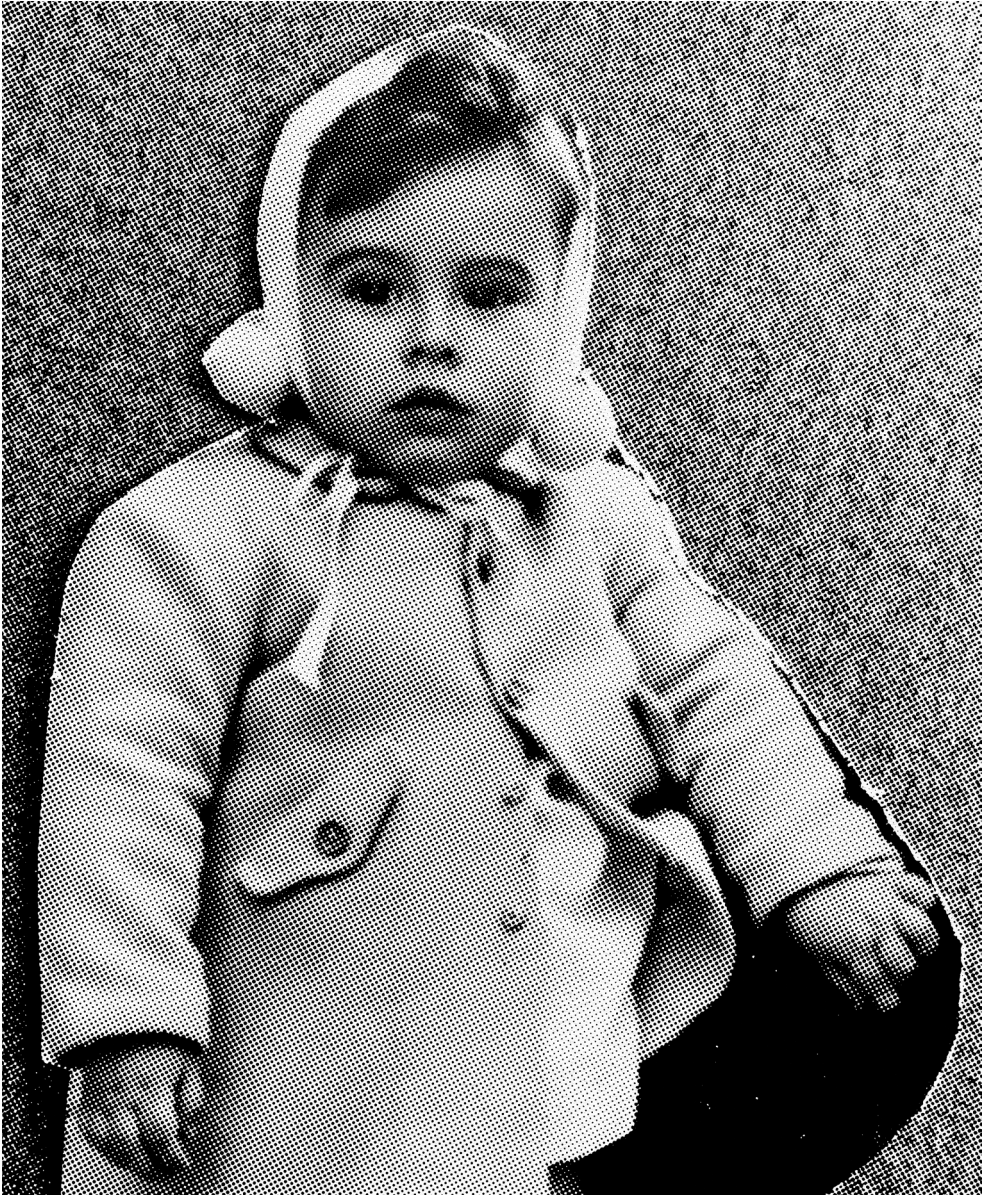




Javier, Don Blas, Angelita, mis tíos y mi primo



la madrina...



Un juguete...

LOS PRIMEROS RECUERDOS

Si algo quedó grabado en mi memoria de aquellas primeras estaciones extraviadas entre la niebla de mi poco conocimiento, es que estuve a punto de no vivir lo suficiente para contar esta historia o cualquiera otra de las muchas que me ha gustado escribir en todos estos años.

Estaba por cumplir mi tercer aniversario cuando, sin que ningún diagnóstico médico pudiera explicar con detalle las razones, mis pulmones se encharcaron con tal gravedad, que para mí el respirar se convirtió en algo tan difícil como doloroso. Las imágenes de aquellos días son vagas, difusas. Traslados al hospital, una cama metálica junto a muchas otras en las que yacían algunos niños tan desgraciados como yo, la presencia constante de mi madre, siempre a mi lado, una tartana de latón con su caballo al frente que no sé quién me regaló y que hacía caminar con prudencia sobre las sábanas en los pocos momentos en que salía de mi postración y, sobre todo la sed, una sed devoradora, constante e implacable que no podía saciar de ningún modo, pues las eminencias médicas del hospital habían prohibido taxativamente que se me diera agua.

Bastantes años más tarde, un reconocido especialista me explicó que aquella medida no era más que una de las muchas simplezas que la ignorancia de quienes me atendían puso en práctica para enmascarar sus precarios conocimientos y su incapacidad para luchar contra mi dolencia. Tan es así que, tras unos días confusos en el hospital, me enviaron a casa a morir entre los míos porque, según ellos, ya no había nada que hacer, ni tan siquiera una remota posibilidad de que me recuperara. Y sé, porque me lo han contado, ya que yo ya no era capaz ni de sentir el dolor, aunque sí la inagotable sed, que una vez en casa, mientras la madrina y la señora Piedad, la vecina de

enfrente, cosían mi mortaja, —como podéis ver mi familia siempre ha sido optimista y previsora, — un familiar lejano a quien siempre conocimos como «el primo médico», probablemente porque era las dos cosas, en una medida desesperada, había preparado la mesa del comedor para intervenirme en un último intento de extraer aquel líquido malsano que me estaba matando. Pero alguien debía velar por mí, ángel o demonio. Os diré bajito que yo me inclino más por Lucifer, a quien siempre he tenido una cierta querencia, deslumbrado por su rebeldía y su orgullo, o quizás también por llevar un poquito la contraria, ya que nunca he podido soportar a los meapilas. El caso es que un ataque violentísimo de tos me produjo un vómito incontenible que milagrosamente vació mis pulmones y me dejó fuera de peligro ante el asombro y la alegría de todo el mundo, a pesar de que no hubo más remedio que reciclar mi fallido sudario y dedicarlo a trapos para el polvo.

La ciencia médica tampoco fue capaz de explicar qué había producido aquella reacción salvadora que probablemente se debía a la penicilina, un medicamento escaso y difícil de conseguir que habían logrado administrarme gracias a las gestiones del primo médico. Los doctos matasanos me pronosticaron, eso sí, un futuro aciago colmado de problemas pulmonares, y una corta vida amenazada constantemente por pulmonías, bronquitis y asma devastadoras. Afortunadamente, fueron tan diestros en el pronóstico como en el tratamiento y cura de mi enfermedad, y aquí sigo, después de muchos años, arrastrando el preocupante bagaje de dos gripes y tres constipados. Todo ha quedado ya atrás, perdido en el tiempo, pero si algo de su incompetencia no puedo perdonarles es la sed insoportable a la que me condenaron sin fundamento alguno. Recuerdo vivamente cómo le pedía agua a mi madre con desesperación, y ella, sin verse capaz de negármela una vez más, fingía no entender mis palabras, como si en el tránsito de la enfermedad hubiera yo perdido la capacidad de hablar y solo balbuceara incoherencias, cuando en realidad, desde muy pequeño había hablado con una corrección y una claridad que sorprendían a todo el mundo.

—¡Te he dicho que quiero agua! —le rogaba con impotencia una y otra vez, mientras ella me miraba con los ojos brillantes por las lágrimas, simulando no ser capaz de comprender mis palabras y cada vez más angustiada.

Y aunque ese tiempo ya no tiene significado ni dolor para mí, esos breves momentos no los he olvidado ni jamás podré perdonarlos.

Todo quedó enterrado y difuso en cuanto salí de la postración, y solo volvía a revivirlo cuando alguien me contaba lo mucho que sufrieron a mi alrededor viendo cómo me iba de este mundo sin poder remediarlo, un relato plagado de detalles morbosos que no me afectaban demasiado, como si mi pequeña mente hubiera decidido borrar para siempre esos infaustos días.

El primo médico que, por cierto, respondía al nombre de Antonio García Paredes, bastante más sensato que los sabios del hospital, recomendó que vigilaran mis constipados, que me fueran reponiendo con caldos y, de tanto en tanto, con algún filete de ternera o un trozo de hígado a la plancha, platillos excepcionales que en aquellos tiempos raro era que se sirvieran en las comidas, unos manjares que, por cierto, a mí no me gustaban en absoluto. Y, para rematar y ayudar a mi recuperación, una tanda de inyecciones de hígado, tratamiento que mi madre descubrió por aquellos días y que nos persiguió a los tres hermanos durante toda la vida, pues con una cierta frecuencia y sin venir a cuento, doña Angelita nos sujetaba a cualquiera de los tres entre sus piernas para que no echáramos a correr, nos miraba el fondo del ojo o vaya a usted saber el qué, y decía para sí misma.

—Este niño no está muy católico, vamos a ver si se repone.

Entonces, sin contar con médicos ni especialistas, nos recetaba por su cuenta una tanda de inyecciones de extracto de hígado que nos ponía ella misma. Unos pinchazos diarios que, a pesar de su habilidad en el manejo de la aguja y la jeringuilla, dolían como el demonio y te dejaban la pierna dormida durante unas cuantas horas. Ella, insensible ante nuestras protestas, cuando llegaba la hora fatídica, hervía los útiles para desinfectarlos, te bajaba los pantalones y justo antes de la inevitable banderilla se limitaba a preguntar: «¿Qué lado te toca hoy?», pues iba alternando los cachetes del culo para suavizar el dolor, con lo que, si no había suerte y todavía duraba el tormento del día anterior, te dejaba afectadas ambas piernas sin sentir el menor arrepentimiento.

Mi madre, sin titulación ni educación sanitaria alguna, ponía inyecciones a los vecinos de la escalera que lo necesitaran, y todos la buscaban y

hablaban maravillas de ella por la valentía, la suavidad y la pericia con la que pinchaba a quien la requería, que no eran pocos. Pero a nosotros, esos remedios milagrosos a base de inyecciones jamás nos hicieron gracia alguna, pues debíamos soportarlos sin que nuestra opinión contara para nada, como en tantas otras cosas.

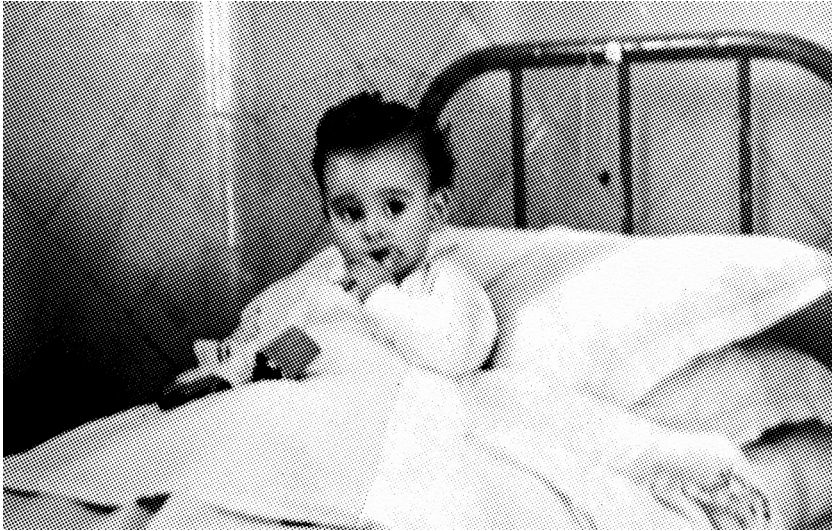
Pero dejemos ya de hablar de enfermedades, tratamientos y demás parafernalia sanitaria, pues las contrariedades y complicaciones irán apareciendo en el relato a su debido tiempo y, si soy capaz, con un cierto orden.

De aquellos mis primeros y tiernos años solo retengo en mi memoria retazos que difícilmente pueden ayudarme a componer el puzle completo de la historia, pero sí anécdotas e imágenes que quiero desgranar porque seguramente pueden tener algún interés y ayudarme a completar el relato.

Tengo por ejemplo muy presente, entre muchas otras, la costumbre familiar de traer todos los años, invariablemente a mediados de diciembre, un pavo vivo que se sacrificaba días más tarde para celebrar la navidad. El pobre animal se pasaba una semana atado por una pata a los hierros que sujetaban el fregadero de la cocina, ignorante de su infausto destino. Solía estar tumbado, indiferente a lo que ocurría a su alrededor, alzándose de tanto en tanto para iniciar un frustrado paseo que no llegaba muy lejos, pues la cuerda lo retenía y se quedaba dando saltitos sobre una sola pata hasta que recuperaba su posición y se tendía de nuevo. Su corta vida transcurría plácida y quizás feliz, pero la mía, que no llegaba aún a los cuatro años, se transformaba de la noche a la mañana en una pesadilla, y el recinto en el que estaba recluido el monstruo, habitualmente tan atractivo y apetitoso por sus seductores efluvios y las promesas deliciosas que guardaba en sus estantes, bien lejos de mis pequeñas manos, se convertía bruscamente en la cocina del infierno, manteniéndome alejado de allí hasta que me aseguraban que la fiera estaba ya bien muerta y dorándose en el horno. Creo recordar que hice algunos valerosos intentos por vencer mis temores y acercarme al pavo, a fin de cuentas, todo el mundo en la casa pasaba junto a él sin que el animal reaccionara. Todo lo más alzaba la cabeza y seguía con sus ojos desganados los pasos de quien fuera mientras permanecía tumbado en su rincón. Pero era cruzar yo la puerta de la cocina y el muy maldito,

que por aquel tiempo era casi más alto que yo, no esperaba ni un segundo para erguirse sobre sus patas, estirar las alas todo lo que daban de sí para aumentar su tamaño, y embestir contra mí lanzando un «glú-glú-glú» salvaje que me hacía huir despavorido para no volver a intentar aproximarme hasta el año siguiente. Yo sabía bien que el bicho estaba atado y que, teóricamente, jamás podría llegar hasta mí, pero aquel glú-glú inocente, o quizás no tanto, sonaba en mis pequeños oídos como el rugido de un hambriento tigre de Bengala, así que no esperaba para comprobar la resistencia de la cuerda y huía cobardemente de allí lo más rápido que me permitían mis cortas piernas.

Del resto de aquel tiempo solo me quedan pequeños fognazos de conciencia. Olores, sonidos, imágenes borrosas. El aroma de los guisos de la madrina, que iban perfumando la casa cuando se acercaba el mediodía, o la intensa fragancia de la loción Floyd que inundaba el cuarto de baño tras el afeitado perfecto de don Blas.



que no sé quien...



huía cobardemente...

La voz cristalina de mi madre cantando a todo pulmón «campanera, aunque la gente no quiera...» o «por el camino verde que va a la ermita...». El agudo reclamo de los vencejos, sobrevolando la azotea y bajando en picado por el patio de luces para anunciar la primavera. El sol inundando la salita en verano, a pesar de las persianas medio cerradas que lo forzaban a dibujar listas de luz y sombra en las paredes. Las interminables conversaciones de mi madre y la vecina de enfrente a través de la ventana de la escalera, voces que bajaban su intensidad hasta convertirse en un susurro cuando alguno de los pequeños nos acercábamos, convirtiendo en un misterio insondable la más banal de las charlas. El silencio sepulcral tras las comidas, cuando mi padre se echaba la siesta y nadie se atrevía a elevar la voz o hacer el más mínimo ruido que pudiera despertarlo, justificado por mi madre con el absurdo refrán «después de comer, ni un sobre leer» para inducirnos al reposo e impedir que lo molestáramos.

Todas esas pequeñas cosas que se guardan en una parte recóndita de la mente, un cajón especial que las atesora para que jamás se olviden, mientras el resto se diluye en la amalgama de los días sin dejar señal alguna que nos permita recordarlas. Un tiempo que, debido a mis cortos años, transcurrió sin dejar en mí demasiadas huellas, hasta el día en que me mandaron al colegio.

EL LICEO FRANCÉS

Si en algo se mostró firme mi madre desde que nació su primer hijo, a pesar del poco entusiasmo o la abierta oposición de su marido, fue en darnos la mejor educación que fuera posible. Seguramente sabía ya por aquellos días que sería el único legado que podría dejarnos para enfrentarnos a un futuro incierto. Afortunadamente, en nuestro mismo barrio, justo en la esquina de la calle Bailén con la de Provenza, se alzaba uno de los mejores colegios de Barcelona, pero lamentablemente, también de los más caros, el Liceo Francés. Así que, venciendo todas las resistencias de su entorno y trabajando todas las tardes y gran parte de las noches con sus pinturas para poder permitírselo, consiguió que los tres hermanos aterrizáramos en aquel centro que, en aquellos tiempos oscuros de la tardía posguerra, era el paradigma de una educación moderna, avanzada y exigente, de la igualdad entre niños y niñas pues las clases eran mixtas, y de la posibilidad de crecer aprendiendo un nuevo idioma que, por entonces, parecía el colmo de la erudición y la cultura. Una lengua cuya importancia quedó inevitablemente disminuida en el tiempo para acabar finalmente devorada por el inglés, el habla oficial del imperio, que fue convirtiéndose en imprescindible para estudiar o trabajar, desplazando a la lengua de la Galia a un segundo plano.

El edificio del Liceo Francés era un antiguo palacete rodeado por varios jardines convertidos en patios de recreo, y un edificio anexo, construido dentro del recinto, con clases más modernas dedicadas a albergar las aulas del bachillerato español de las chicas. Sí, lo habéis entendido bien, el bachillerato de las chicas, pues la educación oficial española en aquellos años, dominada en su mayor parte por las comunidades religiosas y el poder omnímodo de la iglesia católica, obligaba a la separación por sexos, dándose

la paradoja de que un colegio extranjero como el Liceo, que mantenía la enseñanza mixta en todos los ámbitos de su dirección; primaria, bachillerato francés o comercio, se veía obligado a separar a los niños de las niñas en cuanto iniciaban su andanza en el bachillerato español, dependiente del ministerio de educación nacional. Seguramente, los gerifaltes de la iglesia sabían bien que el mal ya estaba hecho y los alumnos del Liceo acabaríamos condenados al infierno sin más remedio, pues crecimos acostumbrados a estar entre las niñas sin verlas como algo lejano e inalcanzable, sino como otro compañero con el que jugar, aprender y al que, años más tarde, desear con naturalidad. Pero, gracias a los dioses por la parte que me toca, se veían obligados a tragarse su rabia, su impotencia y su intransigencia y aceptar el sistema mixto en aquellos pocos centros que, por ser extranjeros, se libraban del control gobiernante de la cúpula católica.

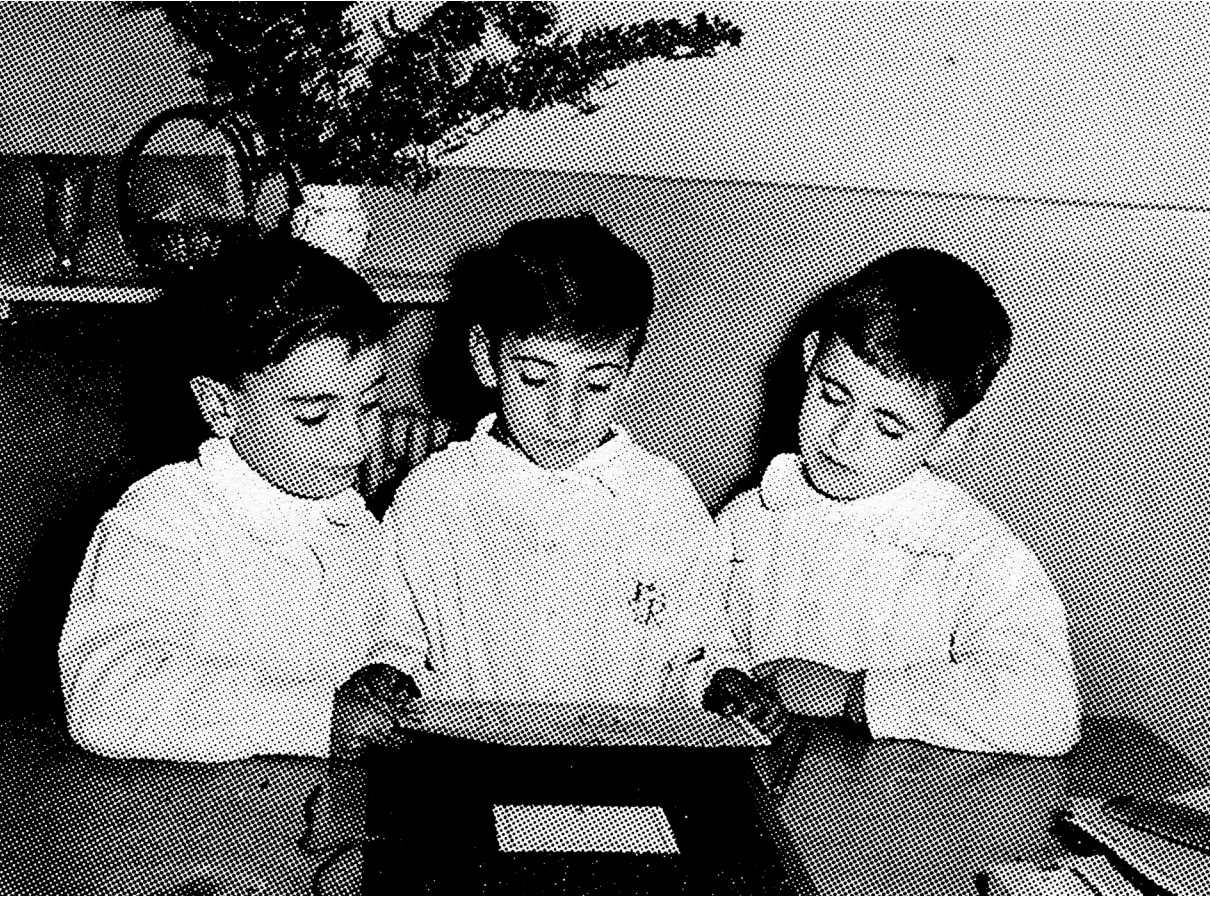
Pero dejemos a un lado la filosofía y volvamos a mi tierna infancia y a mis primeros días de colegio. Tenía cuatro verdes años cuando entré por primera vez en aquella alegre clase inundada por el sol que se colaba por las enormes ventanas que daban sobre el patio de los pequeños. Llegué vestido con mi immaculada bata blanca de cuello redondeado abrochada hasta el último botón y con mi nombre bordado con hilo azul sobre el pecho, una pulcritud reluciente que no duraría más allá del primer recreo. El pelo engominado con «fijapelo» y echado hacia atrás con la raya a un lado y unos ojos grandes y pasmados ante lo que veía, porque todo era nuevo para mí y no sabía a lo que debía enfrentarme. La profesora, Mademoiselle Doucette, una joven alta y tímida de pelo rojo y rizado, una piel blanca que enrojecía con facilidad punteada de pecas, y una voz tan musical como dulce que hacía honor a su nombre, me recibió con un par de besos y una bienvenida en francés de la que no entendí una palabra pero que sentí tierna y acogedora, como si aquel idioma extraño fuera una especie de melodía encantada. Lo primero que perdí en el colegio fue mi nombre, que me fue cambiado por otro más corto y rotundo. Pasé en un suspiro a llamarme Fernand, dejando por el camino mi última sílaba sin que ello me causara el menor dolor. Tampoco tardé mucho en integrarme en aquel grupo de niños que estaban en las mismas condiciones que yo, es decir, se estrenaban con el francés,

menos dos o tres que provenían de familias del país vecino establecidas en Barcelona. No recuerdo que el aprendizaje de esa nueva lengua me significara un gran esfuerzo ni que me hiciera sentir marginado o desgraciado a causa de mi ignorancia. La fui asimilando como si participara en un juego que no sabía estar jugando y, a los pocos meses, ya sabía lo suficiente para poder chapurrear cuatro frases en francés con mis hermanos que, por supuesto, me llevaban una enorme delantera. Lo utilizábamos habitualmente para que los mayores no se enteraran de nuestros planes cuando pensábamos hacer algo que estaba prohibido o que sabíamos que no les iba a gustar, lo que ocurría con notable frecuencia.

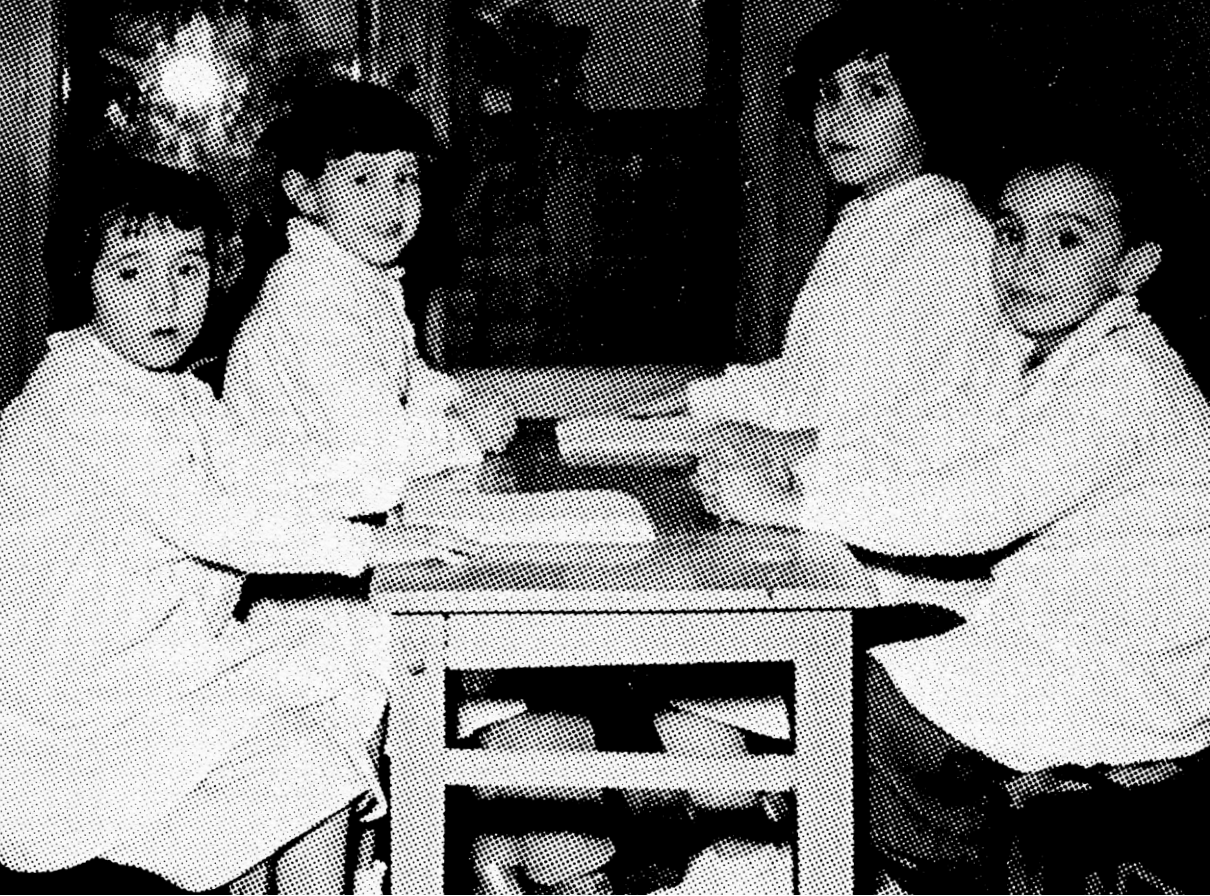
Recuerdo con claridad a Mademoiselle Doucette y la infinita paciencia con la que manejaba a veinte niños pequeños en un idioma que no conocían y a los que enseñaba lentamente los rudimentos de su lengua, siempre sonriente, siempre cariñosa. Utilizaba pequeños trucos para acelerar el proceso, como acceder inmediatamente a la petición de salir de clase para ir al baño si lo pedías en francés y retrasarlo todo lo posible, siempre al tanto para no provocar una catástrofe, si lo pedías en español. Estaba con el grupo todas las horas que permanecíamos en el colegio, incluso en los recreos, organizando juegos y enseñándonos canciones que aprendíamos enseguida y nos ayudaban con la pronunciación, dándonos soltura.

Recuerdo poco de mis compañeros de clase, aunque algunas imágenes y algunos nombres sí permanecen en mi memoria. Mis amigos Cuadrench y Santeugini, con los que compartía mesa y me acompañaban habitualmente en los juegos y las carreras por el patio.

Y sobre todo dos niñas que también se sentaban con nosotros y que siguieron conmigo desde el primer curso hasta que empecé el bachillerato; Catherine Perelló, de la que estaba un poquito enamorado, y otra niña de la que no recuerdo el nombre porque siempre la llamábamos «la pequeña». Era una chiquilla peculiar, de estatura y miembros reducidos y sin embargo con cara de anciana, lo que la distinguía del resto del grupo y la señalaba cómo víctima propicia para bromas y burlas. Pero era tan reservada y tan encantadora, que en cuanto nos acostumbramos a ella, se incorporó a los demás sin tener que sufrir la crueldad que muchas veces acompaña a



Cuadrench y Santeugini



con cara de anciana

los niños con los diferentes. Las dos eran muy amigas y hacían una extraña pareja, pues Catherine era alta, rubia, con el aspecto nórdico de una vikinga atractiva y decidida, lo que exageraba el contraste entre ambas. Desde el primer día fue como si Catherine la hubiera acogido bajo su protección, resguardándola de los demás al hacerla su amiga preferida. Yo me sentía muy unido a ellas, más incluso que con mis compañeros varones, menos cuando los juegos se volvían un tanto violentos, lo que ocurría bastante a menudo, como ya os contaré más adelante.

Yo, aunque seguramente esté mal decirlo porque nos han enseñado desde siempre a fingir modestia, era un niño guapo. Muy moreno, con el pelo negro y rebelde hasta que a mi madre le dio por peinarme con un flequillo que más tarde me copiaría Pablito Calvo en «Marcelino, pan y vino», con grandes y expresivos ojos oscuros, nariz pequeña, recta, y facciones delicadas. Era delgado y rápido en los juegos, y tenía bastante predicamento entre mis compañeras. Hubiera podido tener más aún de no ser extremadamente tímido, aunque el tiempo me ha enseñado que quizás ese era un encanto más del que no era consciente. A fin de cuentas, tan solo era un niño.

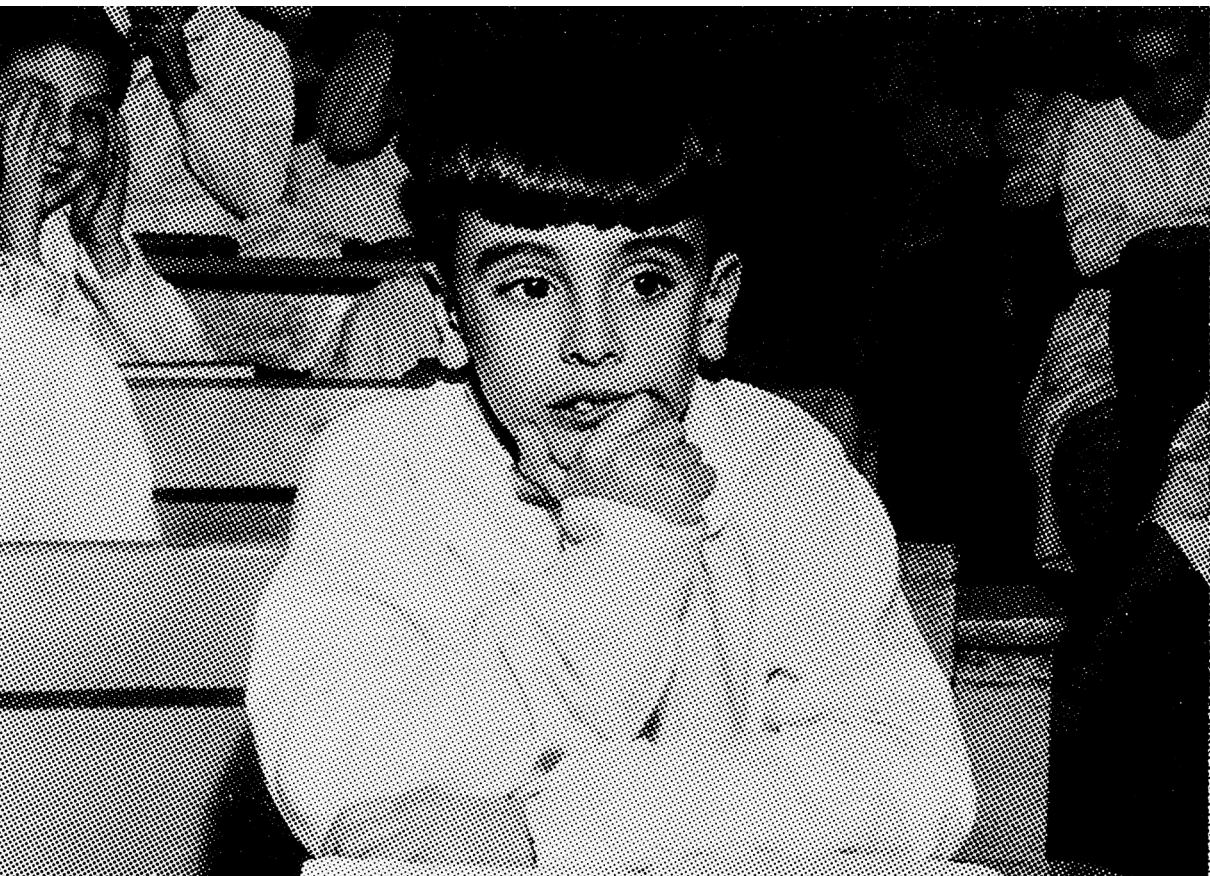
El colegio tenía tres patios. El más recogido, donde jugaban los niños más pequeños, estaba totalmente separado de los otros dos para mantenerlos a resguardo de los mayores, cuyos juegos durante el recreo eran sorprendentemente violentos. Unos esparcimientos que hoy día serían impensables y nunca se autorizarían, bloqueados por los excesivos niveles de protección que se han establecido alrededor de los menores, pero que los profesores del Liceo toleraban con una vigilancia distante, interviniendo tan solo cuando las luchas o las carreras se convertían en peleas serias. Para atenuar las consecuencias de aquella salvaje libertad vigilada ya estaba Nieves, la enfermera. Tras la media hora de recreo, la enfermería, un pequeño cuartito de la planta baja situado junto a la escalera, se llenaba con un grupo de niños jadeantes y despeinados marcados con raspaduras, excoriaciones, arañazos, golpes y, de tanto en tanto, alguna lesión un poco más seria. Sus parroquianos, como ella los llamaba. Lo sé bien, porque en un futuro no muy lejano, yo iba a ser uno de los más fieles y adictos a su parroquia. Nos curaba en serie, sentándonos en una fila por la que iba circu-

lando con sus productos milagrosos; agua oxigenada, mercromina, alcohol o tiritas, que distribuía generosamente por rodillas, codos, muñecas, dedos o frentes sin dejar de rezongar mientras nos reñía cariñosamente.

Cuando dejabas atrás los dos primeros cursos y llegabas a lo que oficialmente se llamaba «dixième», abandonabas la seguridad de las clases de los más pequeños y traspasabas una imaginaria frontera para cruzar, como si hubieras superado una reválida llena de pruebas y retos, al otro lado de la protectora puerta del patio de los pequeños, a la verdadera selva, a un nuevo mundo ignoto y cruel, al patio de los mayores.

Los primeros días, los recién llegados entrábamos en aquel para nosotros amenazador recinto como corderos asustados camino del matadero, pasmados ante la velocidad desenfrenada, el desparpajo y la brusquedad con que se desempeñaban los ya curtidos ocupantes del lugar, avezados guerrilleros en busca de la conquista de un pequeño espacio situado junto a la gran puerta de entrada, y conocido como «El Castillo».

El famoso castillo era un terraplén más bien reducido, elevado un metro por encima del nivel del suelo, en el que algún jardinero poco ducho había plantado tres arbolitos que no habían conseguido prosperar. El juego consistía en lo que en la edad media era deporte y al tiempo quehacer habitual de señores y mesnadas, es decir, ocupar el territorio del vecino para desalojarlo y quedarse con el dominio de la tierra. La primera clase que salía al recreo atravesaba el lugar a toda carrera y ocupaba el pequeño desnivel, preparando sus defensas, es decir, agarrándose a los tristes árboles secos, razón por la que probablemente no habían conseguido sobrevivir, y formando un muro humano para defender el territorio conquistado. La labor de los otros cursos era evidente, sencilla y primitiva: intentar echar de allí a los usurpadores para tomar posesión del lugar a cualquier precio. El amasijo de niños, y niñas, pues ya he comentado que en el Liceo no se discriminaba por sexo, luchando allí arriba por la supremacía y la posesión de la tierra, era épico y digno de contemplarse con admiración, a pesar de la indiferencia de los profesores, que circulaban cerca del campo de batalla sumidos en sus profundas reflexiones y sus conversaciones eruditas, sin hacer demasiado caso del pandemonio salvaje que se desplegaba a su al-



peinarme con un flequillo...